

ACCION DE LAS MUJERES PERUANAS DURANTE LA GUERRA CON CHILE

Maritza Villavicencio

Los hechos históricos son el resultado de la convergencia de la totalidad y multiplicidad de los actos humanos, aunque muchos de ellos escapen a la conciencia de sus propios autores, más aún cuando un sector de los involucrados, llámese grupo, casta, clase, raza o género no cuenta con los instrumentos "legitimados" para registrar sus propios actos.

Estos, finalmente, terminan siendo diluidos o deformados por quienes tienen la función (el poder) de construir la memoria histórica de una colectividad.

En una sociedad altamente elitista como la peruana, con una tradición historiográfica de corte aristocrático, el registro oficial de nuestro pasado excluyó a la gran mayoría indígena y popular.

Fue recién por los años 60 que esa historiografía empieza a ser cuestionada por la aparición de estudios históricos sobre los movimientos campesinos, seguidos por otros sobre los demás movimientos sociales de origen popular.

El avance indudable que significaron esos nuevos aportes para la construcción de una conciencia nacional nos deja, sin embargo, un vacío; pareciera que la historia rescatada fuera la de los varones de esos movimientos y, al igual que la historiografía tra-

dicional, daba un lugarcito a los de abajo: Túpac Amaru (antes de Velasco), José Olaya, María Parado de Bellido, etc... En esta nueva versión, Túpac Amaru y José Olaya quedan reivindicados como expresión de un proyecto nacional, pero las mujeres siguen teniendo un lugar de excepción; somos el complemento o simplemente el detalle anecdótico.

Incluso cuando dentro de esta misma versión se retoman y reinterpretan temas que habían sido considerados propios de la historiografía tradicional, como el quehacer político de las altas esferas o los hechos militares, las acciones de las mujeres continúan en la oscuridad, como si ellas no hubieran tenido nada que ver con esos sucesos.

Precisamente las guerras, al ser consideradas estrictamente como resultado único de acciones bélicas, sea de quienes toman las armas directamente o de aquellos que dirigen las tácticas militares, se dejan de lado no sólo las consideraciones de orden socio-económicas y políticas que al fin y al cabo son rescatadas por la historia social, sino que se pierde el conjunto de los hechos de otros personajes anónimos como las mujeres cuyos actos cotidianos y heroicos hacen posible desde la propia existencia de los ejercicios hasta el punto de garantizar la resistencia y la victoria.

En nuestra historiografía el ocultamiento del papel de las mujeres en la Guerra del Pacífico es significativo.

La manera como fueron involucradas las mujeres tomó varios signos, algunos comunes a todas ellas en su condición de tal: sexo femenino y otras diferenciadas por la procedencia social. Fue así, por ejemplo, que tanto las mujeres pertenecientes a la oligarquía peruana como las mujeres indígenas de la serranía fueron tomadas como botín de guerra y violadas por la tropa chilena.

Testimonio de ello dió Antonia Moreno de Cáceres en sus *Recuerdos de la Campaña de la Breña*, cuando señala las razones por las cuales los indígenas lucharon contra los chilenos, eran "quienes talaban sus sembríos, incendiaban sus tristes chozas, ultrajaban a sus mujeres sembrando el dolor y la miseria" (p. 59).

En el otro extremo social se repetían este tipo de agresiones; fue así que durante el saqueo de Pisagüa, Doña Hortensia Ceballos de Ruiz, miembro de una de las familias más adineradas y de abolengo de la región, tuvo que elegir la muerte "hundándose en la garganta la bayoneta que pudo alcanzarle su marido a tiempo antes de convertirse en el máspreciado trofeo de un chileno que ya la había tomado en sus brazos" (Elvira García y García: *La Mujer Peruana a través de los Siglos*, t. I, p. 380). Mi abuela, Mercedes Cáceres viuda de Fernández, me contaba que el miedo que le tenían a los chilenos se debía "a que dicen que durante la guerra abusaban de las mujeres y si no se dejaban les cortaban los senos".

Aunque es innegable que las mujeres de familias adineradas de Lima y Provincias gozaban de ciertas prerrogativas, no dejaban de correr peligro, sobre todo si eran familiares de algún jefe militar de la resistencia.

No sólo la barbarie de la guerra igualó a las mujeres; también el sentimiento patriótico y humano las comprometió por igual. Sin embargo, en las acciones concretas que se derivaron del compromiso adquirido, se evidenciaron las diferencias sociales y raciales, a cada quien y de acuerdo a su ubicación social le cupo un lugar diferenciado en la resistencia.

La participación de las mujeres de la vertiente popular cobró variadas formas, casi todas ellas signadas por la acción directa, sea en los cuarteles, en los desplazamientos de los ejércitos y en el mismo campo de batalla, y hasta en las acciones riesgosas de la resistencia como mensajeras, transportando armas, etc.

Las rabonas

Entre las primeras, cabe destacar el papel que les cupo a las mujeres indígenas, compañeras de los soldados reclutados para formar los batallones.

La rabona "es la india prometida del indio; viene la leva, arranca de la grieta de los Andes a todos los pastores, chacareros y peones que necesita; les convierte en soldados; y por cada hombre que recluta, tiene que llevarse una mujer que le sigue..."

("La rabona tipo sud-americano". Artículo de Eloy Penillan en *El Perú Ilustrado* N° 171 del sábado 16 de agosto de 1890). Registradas oficialmente como cantineras, no fueron un fenómeno social inédito de la guerra con Chile, pues su existencia data de los improvisados ejércitos que se inauguraron durante las guerras independentistas y de aquéllos que se formaron bajo el mando de los caudillos militares que se disputaron el poder en el periodo inmediatamente posterior a la declaración de la independencia.

Sin embargo, entre ese periodo y la guerra, su labor fue la misma. Flora Tristán, testigo del primer momento, relata en su libro *Las Peregrinaciones de una Paria* su versión: "Estas [las rabonas] forman una tropa considerable y preceden al ejército por un espacio de 4 ó 5 horas para tener tiempo de conseguir víveres, cocinarlos y preparar todo el albergue que iban a ocupar... atraviesan los ríos a nado llevando a veces uno y a veces dos hijos sobre sus espaldas... proveen a las necesidades del soldado, lavan y componen sus vestidos...".

Y un observador del segundo momento escribió: "... desde entonces la compañera del soldado tiene que multiplicar sus labores: guisa, barre, cose, plancha, limpia las armas de su 'cholo', recoge sus haberes, asiste a sus ejercicios y cuando hay orden de emprender una marcha, carga con todo aquel ajuar formando el equipo que se echa a la espalda" (Eloy Penillan, artículo citado).

Por otro lado, Flora Tristán afirma que "cada soldado lleva consigo cuantas mujeres quiere. Hay algunos que llevan hasta cuatro...". Aunque esto se refiere a los años 30, y pueda ser una exageración, es probable que algo similar haya ocurrido durante la guerra con las viudas de los soldados muertos, tal vez, a manera de protección, eran tomadas por los soldados que quedaban en pie.

De este modo el aprovisionamiento y sostenimiento de los batallones corrió básicamente a cuenta de estas mujeres anónimas de quienes dependía que los soldados estén en buenas condiciones para salir al frente de batalla.

Pero la labor de las rabonas no termina allí; por si fuera poco lo que ya hacían, también se hicieron presentes en el mismo campo de la contienda, sea para recargar los fusiles de sus compañeros, "prestando eficaces servicios de enfermería" (Antonia Moreno de Cáceres, ob. cit., p. 39) y enterrando a los muertos.

Expuestas a las calamidades de una vida en esas condiciones, y a mil peligros, estas pobres mujeres se dieron tiempo para cumplir labores de espías. Aunque no tenemos datos de que ello haya sido generalizado, Doña Antonia de Cáceres cuenta que "una indiecita frutera, fingiendo no saber hablar castellano, se había infiltrado en el campo chileno y había escuchado un complot para asesinar al Mariscal Cáceres. Gracias a esta información el Mariscal pudo salvar su vida".

Tampoco faltaron entre ellas arrebatos de heroísmo, como el de Dolores, heroína anónima de la Batalla de San Francisco, que ha pasado a través de la historia con ese nombre, pues así se denominaba el cerro en que se produjo su primera hazaña. Su verdadero nombre es desconocido.

Elvira García y García, por quien conocemos esta historia, cuenta que Dolores era la esposa de un sargento que dirigía la lucha; al caer herido mortalmente, ella tomó el mando, luciendo por su osadía: "llega la primera a los parapetos del enemigo, ayuda a desalojarlos y les toma los cañones, pelea cuerpo a cuerpo junto a los soldados" (Elvira García y García, op. cit., t. I, p. 384).

Posteriormente, se trasladaron a Tarapacá donde vuelve a tomar parte activa en el combate hasta lograr la victoria; lamentablemente fue herida en un brazo y murió antes de llegar a Arica. A pesar de las muestras de heroísmo y la entrega cotidiana en fatigosas tareas para mantener en pie a su soldado, éste sostuvo un trato agresivo y violento con ella.

El maltrato y los golpes que sufrían las rabonas fueron tan extremos que los oficiales tuvieron que tomar cartas en el asunto. En el *Perú Ilustrado* del 4 de junio de 1887, N° 4, se narra una escena en la cual "el Mariscal Sucre defendió a una rabona que había sido maltratada por su marido, y castigó con un mes

de prisión al que le pegó y le dijo: 'a la mujer no se pega ni con una flor'".

Sin embargo, según las fuentes recopiladas por Juan José Vega (*La República*, 1º de abril de 1984), revela que las rabonas asumían el maltrato como parte de su relación íntima de pareja "que encuadraba en los marcos del rudo patriarcalismo andino" (p. 52).

De buena o mala gana, la realidad es que las rabonas, además de afrontar las peripecias propias de los batallones en guerra, soportaron también las consecuencias de esa relación "patriarcal andina".

A pesar del olvido que la historia oficial ha echado sobre ellas, las rabonas fueron un factor decisivo y esencial en la contienda. Así lo intuyeron los propios soldados quienes se elevaron en protestas cuando los mandos oficiales pretendieron eliminarlas; los soldados no confiaban en que la administración militar fuera capaz de suplantar sus servicios.

De este modo, las rabonas cargaron sobre sus espaldas las deficiencias del nuevo estado peruano como la conciliación y los apetitos de poder de sus dirigentes.

Las siervas en la Guerra

La gran mayoría de la servidumbre limeña estaba conformada por mujeres de raza negra, mulatas e indígenas; a diferencia de las rabonas, sus acciones no se ubicaron en el mismo campo de batalla, sino que se enmarcaron dentro del contexto de la resistencia ciudadana en apoyo a los jefes militares y a los batallones que luchaban en el interior del país.

La participación de estas mujeres se movió, sin embargo, en el ámbito más peligroso de la resistencia, es decir, la del cumplimiento de tareas clandestinas decididas y ordenadas por sus patronas.

Ese fue el caso de Gregoria Láinez, servidora de doña Antonia Moreno de Cáceres; ella nos relata en sus memorias: "Yo tenía

bajo mis órdenes, para empresas arriesgadas, a una morena llamada Gregoria, alta, delgada y muy audaz; era ella la portadora de los fusiles y municiones que podíamos adquirir. Impávida, pasaba al lado de los paladines chilenos, llevando, cada vez, dos rifles bien atados a la cintura, disimulados bajo sus largos vestidos y sosteniendo al brazo un cesto de municiones, ocultas entre las legumbres”.

También, mujeres como Helena y Maritza “sus leales servidoras, la acompañaron en estas peligrosas aventuras” (Judith Prieto de Zegarra, “Resistencia y conspiración femenina”, *El Comercio*, 17 de diciembre de 1979, p. 2).

Otra mujer tacneña, Clara Enriquez de Pobleda, criada de la familia Inclán, se dirigió a Arica a rescatar los cadáveres de los hombres de dicha familia, estando allí prestó servicio a los heridos y a los presos.

Los prisioneros peruanos habían escondido la bandera del Estado Mayor para que no caiga en manos de los chilenos, pero como todos ellos estaban condenados a muerte, temían por el destino del pabellón, así que encargaron a Clara sacarlo de allí; en efecto, ella, ocultándolo bajo sus faldas logró salvarlo (Elvira García y García, op. cit., t. I, pp. 382-383).

Rescatar las acciones de estas mujeres se hace más difícil que la de aquellas consignadas por las mujeres de las clases altas, pero tal vez una manera de aproximarnos a ellas es a partir de las huellas dejadas por las primeras, pues el sinnúmero de iniciativas que emprendieron, como los hospitales de sangre, recaudación de fondos, etc., supusieron un despliegue de actividades que, dada la costumbre de la época y de esta clase social, las labores más pesadas, rutinarias y arriesgadas deben haber recaído en la servidumbre femenina, por supuesto, sin las ventajas ni las seguridades de que relativamente gozaban sus promotoras.

LA ACCION INDIRECTA

Las señoras en la Guerra

“Qué puedo hacer en favor de mi patria, si a las mujeres todo nos está vedado?” (Isabel Ugarte [hermana de Alfonso Ugarte, héroe de la Guerra del Pacífico]).

De lo poco que se ha escrito sobre la participación de las mujeres en la guerra con Chile, la mayor parte corresponde a testimonios dejados por las mujeres de las clases altas parientes de los héroes o de personajes que por su status político o económico ejercían influencia en la vida social de entonces.

Su labor fue multifacética, no hubo ámbito de la vida en que no manifestasen su protesta por la invasión chilena. Desde la esfera de la cotidianidad hasta la pública, ellas supieron aportar su grano de rebeldía.

Resistencia cotidiana

Judith Prieto de Zegarra, en un artículo de *El Comercio* (“Cuando las novias se vistieron de luto”, 8 de octubre de 1979, p. 2), rememora cómo las novias en 1881 trocaron “el clásico atuendo por sedas y crespones negros que envolvieron sus cuerpos, contrastando con el tul blanco coronado por azahares en cabellos y manos como expresión del dolor de la Patria herida... sentimientos y acciones de mujeres peruanas, reflejadas como protesta en la moda matrimonial de entonces”.

Cuenta que esta costumbre se generalizó a lo largo y ancho de todo el país.

Otra modalidad, quien sabe no tan generalizada pero si muy ingeniosa, fue la que se produjo en Ayacucho: “cuando los chilenos ocuparon Ayacucho tomaron particular interés en hacerse presentar en la casa de la familia Sáenz, porque habían oído decir que las niñas eran muy bonitas, pero éstas se negaron a recibirlos”.

Ante el temor de que los chilenos tomaran represalias por la negativa de ellas, decidieron aceptar, pero concibiendo un plan. "Mandaron decir a los jefes chilenos que los recibirían. Llegado el momento, acudieron éstos, quedando petrificados de sorpresa al encontrarse con unos fenómenos. En vez de las beldades que esperaban ver tenían delante unos espantajos sin pestañas ni cejas ni cabello en las cabezas, pues estaban completamente rapadas..." (*Memorias* de doña Antonia Moreno de Cáceres, p. 73).

La resistencia organizada

La actitud de protesta de las mujeres peruanas en lo cotidiano, dirigido básicamente a hostilizar la ocupación chilena, se complementó con una resistencia activa; en este campo, las señoras de las clases altas tuvieron un papel decisivo, pues fueron ellas quienes organizaron la resistencia y la conspiración.

Personaje sobresaliente y popular fue doña Antonia Moreno de Cáceres quien tuvo a su cargo la organización del Comité de Resistencia de Lima; este comité desempeñó múltiples actividades como la organización de un arsenal de armas clandestino en el Teatro Politeama, envío secreto de víveres, pertrechos, armas, medicinas y oficiales.

Por si fuera poco, su labor no quedó allí, pues siendo esposa de Avelino Cáceres, Mariscal y jefe militar del ejército que combatía en la sierra, le cupo hacer de intermediaria diplomática entre él y otros jefes militares con los cuales discrepaba políticamente.

Sabiendo también de la influencia que ella ejercía sobre su marido, los jefes militares chilenos intentaban doblegar a Cáceres mediante la persuasión de doña Antonia, cosa que resultaba infructuosa por la renuencia de ella misma.

Sin embargo, doña Antonia no estuvo sola, tuvo a su lado amigas como Rosita Elías, esposa del contralmirante Montero, Laura Rodríguez de Corbacho, Clara Lizárraga, entre otras (Judith Prieto de Zegarra, "Conspiración y resistencia femeninas", *El Comercio*, 17 de diciembre de 1979, p. 2).

Un factor esencial de la resistencia fue la provisión de recursos económicos para hacer frente al conjunto de necesidades para sostener la guerra; en medio del desastre económico y la corrupción, el estado peruano no estaba en condiciones de proveer los medios materiales para mantener en pie los ejércitos peruanos, fueron entonces las mujeres de las clases adineradas, quienes con su propia fortuna contribuyeron a la compra de armas y de pertrechos de guerra.

Rosalía Rolando de Lauri, esposa de un comerciante acaudalado, entregó recursos pecuniarios para importar armas y ella misma, dado su status influyente, convenció a un comandante inglés para transportarlas desde Panamá hasta Perú (Elvira García y García, op. cit., t. II, cap. "La mujer peruana en las guerras nacionales").

Sin embargo, la peculiaridad de la resistencia femenina, estuvo en la articulación de su orgullo patriótico herido con una gran sensibilidad, que se expresó en acciones aparentemente contradictorias.

Siendo las fortunas de dichas señoras principalmente destinadas a la formación de hospitales de sangre y ambulancias donde atendían personalmente a los heridos de guerra, ellas no discriminaron entre peruanos y chilenos. Isabel González Prada decía: "¿Para qué? Si todos sufren es caritativo ayudarlos a calmar su dolor" (Elvira García y García, t. II, op. cit.).

Por otro lado, se preocuparon también de que sus contribuciones a la resistencia tuvieran un efecto práctico y social en los sectores populares de entonces. Rosario Cárdenas del Solar abrió un taller con sus fondos personales "para coser ropa para el ejército"; de este modo pensó en darles trabajo remunerado a las familias pobres (Elvira García y García, op. cit., t. II, cap. "La mujer y las guerras nacionales").

Al lado de los casos individuales se desarrollaron acciones grupales o colectivas como fue la Gran Colecta para la Guerra, organizada por una comisión de 50 señoras que impulsaron la colecta de objetos con la finalidad de rifarlos y obtener así fondos

para el cuidado de los heridos, viudas y huerfanitos. La gran rifa se llevó a cabo en el mes de setiembre de 1879.

Otro aspecto de la participación femenina fue el papel de intermediación con los ocupantes chilenos. Gracias a mujeres cercanas a los medios diplomáticos, muchos de los peruanos perseguidos pudieron obtener salvoconductos y huir de muerte segura; igualmente, los prisioneros de guerra peruanos en suelo chileno, obtuvieron consuelo y atención de estas mujeres como la señora Margarita de Aliaga y Puente de D'Aponte Ribeyro, casada con un diplomático brasileiro quien ejemplifica estas acciones.

Consecuencias

Si la rutina de las mujeres se vió interrumpida por la guerra, el efecto de las pérdidas materiales y humanas debieron afectar aún más el curso de sus vidas.

La disminución de la población masculina (que suponemos a causa de las heridas mortales sufridas en el campo de batalla) significaron para las mujeres la pérdida de padres, esposos, hijos, hermanos, que las convirtieron en viudas, huérfanas, etc.; en esa nueva condición, se vieron impedidas de asumir responsabilidades que antes compartían o simplemente no realizaban. Según Elvira García y García, las mujeres antes de la guerra detestaban el trabajo (fuera de casa); sin embargo, luego de la guerra, al ver mermadas sus fortunas, se vieron obligadas a incursionar en el campo del trabajo remunerado.

Aunque, evidentemente, tal comentario se refiere a las mujeres de las clases altas, pues ¿qué fortuna podían perder las indígenas, mulatas y negras?, es muy probable que las viudas, huérfanas y demás desamparadas de estas clases entraran a engrosar las filas de los oficios populares urbanos, como la de vendedora ambulante, el servicio doméstico y hasta el meretricio, categoría que no aparece en el censo de 1876.

Por otro lado, es probable que en este período se produjera el ascenso de las profesiones femeninas, como profesoras, institu-

trices, y también se inicie la participación de las mujeres en las profesiones liberales.

Finalmente, nos aventuramos a una primera conclusión, y es que uno de los efectos más importantes de la guerra sobre las mujeres fue que aceleró la incorporación femenina en la vida pública, especialmente en campo laboral.